

¿HAY HORIZONTE PARA LA REVOLUCION EN EL SUR?

El caso latinoamericano

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, surgió en los países del Tercer Mundo un vigoroso pensamiento anticolonial que cristalizó en revoluciones políticas que trataron de dismantelar la estructura capitalista y su inherente dependencia económica de las leyes del mercado. China en los cuarenta, Cuba en los sesenta, Nicaragua en los ochenta, fueron sin duda verdaderos golpes contra el Imperio.

Por Manuel Alcántara Sáez

Hace más de una década que el término revolución ha desaparecido prácticamente del vocabulario usado por la gran mayoría de políticos e intelectuales cuyo oficio recae en los países del denominado Tercer Mundo. Se constata que dicho vocablo solamente tiene una acepción de uso estático en cuanto que trata de enunciar una realidad consolidada, como en el caso, casi exclusivamente, de la ya veterana revolución cubana.

Sin embargo, durante un periodo dilatado, que quizá tuvo su cénit al final de los años sesenta y no exclusivamente como un fenómeno consustantivo con las famosas revueltas estudiantiles del momento, la revolución poseyó resonancias míticas e incluso, en gran medida, mágicas. El retorno a un romanticismo que incidía en el carácter prometeico de la filosofía decimonónica se encontraba avalado por la peculiar evolución que la sociedad internacional había sufrido después del final de la Segunda Guerra Mundial. También, al igual que en el siglo anterior, el debate conceptual suscitado y desarrollado en torno al concepto en cuestión se originaba físicamente lejos de los lugares donde, frustradas las expectativas locales, tendrá su campo de aplicación, incrementándose de esta forma su carácter sentimental, de añoranza e incluso de desengaño.



Centrando la revolución en un discurso meramente conceptual, hay cierto consenso¹ en considerar como característica distintiva de la misma la aparición de lo que se denomina la múltiple soberanía. De esta forma, una revolución comienza cuando un gobierno anteriormente bajo el control de un solo sistema político soberano se convierte en objeto de pretensiones efectivas, en competencia y mutuamente excluyentes, por parte de dos o más sistemas políticos diferentes; termina cuando un solo sistema político soberano vuelve a obtener el control sobre el gobierno. Hay en esta aproximación al concepto un paralelismo interesante con la efectuada medio siglo antes por León Trotsky al desarrollar su teoría de la «revolución permanente», por la que la revolución no era un medio, sino un fin en sí misma. Lo que ambas contribuciones tienen en común es que la revolución es evaluada en cuanto a su carácter procesal, mostrándose pues como algo dinámico y evolutivo.

El marxismo, por su parte, ha venido considerando la revolución como la forma superior de la lucha de clases². En la más amplia de sus acepciones, incluye todas las transformaciones sociales que realiza la clase revolucionaria, viniendo determinado su carácter por las tareas sociales que cumplen y por las fuerzas sociales que participan en ellas.

Los numerosos procesos de cambio político vividos en los últimos cuarenta años en el Tercer Mundo han gestado inequívocamente un uso particular de dicho término, asimilándolo a la consecución de una nueva situación política que produjese profundos cambios en la estructura económica, social y cultural del entorno afectado. En general, estos procesos han estado fuertemente influenciados por la idea marxista de que el tipo superior de revolución era la revolución socialista, que se diferenciaba de raíz de todas las revoluciones de las épocas pasadas, precisamente por los cambios profundísimos introducidos en la vida de los pueblos y que aportaba una metodología sui generis, enormemente operativa, poco compleja, pero profundamente totalitaria.

REVOLUCIONES ANTICOLONIALES

Los procesos revolucionarios de los últimos tiempos se vieron fuertemente afectados por la consolidación teórica de dos ideologías europeas surgidas ambas en el siglo XIX: el nacionalismo y el marxismo.

Gracias al nacionalismo europeo se fue gestando después de la Gran Depresión de 1929 un sólido pensamiento anticolonial. Por una parte, el principio de autodeterminación tomó tal fuerza que a partir de 1945 se convirtió en un motor de consecuencias imparables; por otra, el nacionalismo perdía dosis de complejidad intelectual, pues ya no se trataba de definir lo que era la

¹ Tilly, Charles. «Revolutions and collective violence», en *Handbook of Political Science*. Greenstein y Polsby. Vol. 3, pág. 519. Citado en Linz, J. J. *La quiebra de las democracias*. Alianza Universidad, Madrid, pág. 39.

² Ver el término «Revolución Social», en *Diccionario de Filología*. Editorial Progreso, Moscú, 1984, pág. 377.



nación; ahora había que conceptualizarla en términos de contraposición, es decir, había que enunciar en contra de qué se definía.

Gracias al marxismo y su posterior interpretación y elaboración por parte de Lenin, el imperialismo era un estado avanzado del capitalismo («enfermedad senil»); el colonialismo, efecto del imperialismo, había surgido por la necesidad de encontrar nuevas áreas de inversión y de comercio para la expansión capitalista³.

La revolución, entendida como cambio político, se centró después de finalizada la Segunda Guerra Mundial en el Tercer Mundo en una clara postura anticolonial, adoptando en la mayoría de los casos una interpretación antiimperialista de la misma, por lo cual concibió una estrategia diseñada para desmontar las estructuras capitalistas y dependientes en lo económico y en lo cultural con la antigua metrópoli. La influencia en este diseño de la revolución soviética y más próximamente de la revolución china fue inequívoca. El sistema de partido único, comunista o no, y la economía central planificada se consideraron más apropiados que el sistema liberal-burgués y el mercado libre, por parte no sólo de los nuevos estados que accedían a la independencia, sino por parte también de aquéllos ya emancipados pero que buscaban profundas transformaciones estructurales.

En aquel momento, también el carácter de avance, de progresión, estaba inherente en el propio concepto de revolución; su gestación mítica, al suponer una ruptura con un pasado al que no se quería volver jamás, le daba una fuerte incuestionabilidad. El nuevo régimen político se confundía con el término y éste se substantivizaba con letras mayúsculas. Los movimientos que entonces surgían para a su vez intentar cambiar el orden nuevo impuesto por la Revolución ya no serán revolucionarios; se definen como «contras», bien por denominación del poder establecido, como era el caso del término utilizado por Juan Domingo Perón para definir a la oposición argentina en general que se enfrentaba a la revolución peronista, bien por autodefinición, como es actualmente el caso de los antisandinistas nicaragüenses.

EUFORIA TERCERMUNDISTA

Desde que Antonio Gramsci⁴ definiera la función histórica y social de los «intelectuales orgánicos» como dadores de una visión del mundo coherente y homogénea en favor de la clase dominante, se impuso la necesidad de que todo movimiento de cambio supuestamente inspirado en el marxismo contase con sus oráculos. Uno de los mayores éxitos de los intelectuales de corte marxista fue desatar a partir de los años cincuenta lo que definiríamos como la «euforia tercermundista».

³ Jay, Richard. *Political Ideologies*. Hutchinson, Londres, 1986, págs. 200-202.

⁴ Gramsci, A. y Maggiori, R. *Guida a Gramsci*. Biblioteca Universale. Rizzoli, Milano, 1977, págs. 203-205.



El Tercer Mundo como realidad conceptual surgió en el seno de las coordenadas de una sociedad internacional postbélica caracterizada por una doble bipolaridad política: la que se derivó del enfrentamiento soviético-norteamericano que definió la «guerra fría» y la que surgió de la rivalidad chino-soviética, que puso punto final a la hegemonía absoluta de la Unión Soviética sobre lo que se podía denominar el mundo socialista. Los procesos de independencia de finales de los cuarenta se comportaron de forma muy distinta. Unos fueron laboriosamente pactados (India, Pakistán y Filipinas), y aún así no dejaron de ser traumáticos; otros fueron iniciados unilateralmente (Vietnam, Malasia e Indonesia), convirtiéndose en complejas luchas de «liberación nacional» que supusieron, en el caso de Malasia, el aplastamiento de la insurrección comunista, esencialmente apoyada por los habitantes de origen chino, temerosos del predominio de los malayos musulmanes, y en el de Vietnam, la partición de la nación en dos estados.

Durante la década de los años cincuenta no dejaron de suceder diferentes hechos que apuntalaron el embrión conceptual que surgía entre los dos mundos establecidos en Yalta, que había tenido su coherente reválida con motivo de la guerra de Corea. Estos fueron: la Conferencia de Bandung en 1955, primer encuentro entre los estados recientemente independizados; la última y fracasada acción colonial coordinada de envergadura entre Francia y Gran Bretaña tras la nacionalización de la Compañía del Canal de Suez en 1956; la intensificación de la guerra de Argelia; la independencia en 1957 de Túnez, Marruecos y de Ghana (primer país independizado del África tropical); la revolución de 1958 contra el reino hachemita en Irak; finalmente, la revolución cubana en 1959.

En este caldo de cultivo nació la euforia tercermundista, definitivamente avalada por el curso que tomó la guerra de Argelia, por la radicalización inmediata de la revolución cubana y por el mensaje pedagógico de Mao. La euforia tuvo un efecto multiplicador en la pluma de los intelectuales orgánicos⁵. El mesianismo revolucionario impregnó la vida de los nuevos estados e iluminó las etapas de cambio político, que necesariamente tenían que adoptar un ritmo frenético, y la táctica maximalista del «todo o nada» en el resto de las sociedades, que, siendo soberanas, no lo eran completamente al estar sometidas al «imperialismo capitalista» y que tenían que realizar el «socialismo revolucionario»⁶.

RIGIDAS VANGUARDIAS REVOLUCIONARIAS

En los nuevos estados, la revolución se identificó con el partido único, formado por una élite que, avalada por una supuesta superioridad intelec-

⁵ «La unidad del Tercer Mundo no está hecha: es una empresa en vías de realizarse, que ha de pasar en cada país, tanto después como antes de la independencia, por la unión de los colonizados bajo el mando de la clase campesina». Jean Paul Sartre en el prólogo de Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. FCE, México, 1983, pág. 11.

⁶ Jean Paul Sartre, op. cit., pág. 11.



tual y moral y ciertas dosis de oportunismo, habría liderado todo el proceso de independencia bajo el fuego de la represión y el peligro físico de sus vidas. La organización partidaria, rigidamente centralizada, se trasladó a un estado cuya maquinaria burocrática sufría el abandono del colono. La inexperiencia, la obcecación y la falta de control ahogaron en breve plazo el supuesto programa revolucionario (innovador). Las luchas por el poder en el seno de la élite se dirimieron de forma más o menos civilizada en el interior del partido sin que se llegase a conocer con exactitud su dimensión. La actividad política de la vanguardia revolucionaria quedó reducida al ejercicio del poder y al mantenimiento por todos los medios de su status en nombre de los «sagrados principios revolucionarios». Fue el caso del «nasserismo» en Egipto, del Frente de Liberación Nacional en Argelia, del Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde de Amílcar Cabral, del Partido de la Convención del Pueblo de Ghana liderado por Nkrumah, del tunecino Partido Socialista Desturiano de Bourguiba, del Vietcong de Ho Chi Minh, del Baas iraquí, entre otros⁷.

Para aquellos estados asentados desde décadas sobre una institucionalidad clásica en su sistema político, pero agobiados por fuertes crisis sociales y económicas, el cambio se contempló como una variante más de las luchas de liberación nacional de los restantes países en vías de emancipación. Fue el caso fundamentalmente de la mayoría de los países de América Latina. Su liberación debía producirse de una burguesía no nacional que aparentemente sólo servía a los intereses extranjeros, principalmente norteamericanos, de una estructura económica que los hacía quedar relegados a un papel de escaso valor en la división internacional del trabajo, y, en fin, de una situación meramente dependiente en la periferia del sistema económico internacional. El engarce con los restantes procesos del Tercer Mundo, al que América Latina ponía reticencias para asimilarse, lo supuso el éxito de la revolución cubana.

CUBA Y NICARAGUA, DOS CASOS SINGULARES

El triunfo del experimento cubano era el fenómeno que necesitaba la euforia tercermundista para concebir que su estrategia de liberación nacional también podía llegar al continente americano, a los propios pies del imperio por excelencia. No faltó la contribución de los intelectuales orgánicos, donde, ahora sí, la proximidad cultural con América Latina la hacían incuestionablemente receptiva de un mensaje que la sordera y la arteriosclerosis que dominaban a Europa impedía a ésta escuchar y reaccionar en consecuencia. Se trataba de una línea política que a fuerza de ser revolucionaria debía actuar en una «línea política coherente y precisa», conformando una «guerra de guerrillas librada en las zonas rurales más propicias, una fuerza móvil estratégica, núcleo del ejército popular y del futuro Estado socialista»⁸. Desde en-

⁷ Ver Chaliand, Gérard. *Mythes révolutionnaires du Tiers Monde*. Editions du Seuil, Paris, 1979.

⁸ Debray, Régis. «¿Revolución en la revolución?», en *Ensayos sobre América Latina*. Ediciones Era, México, 1969, n.º. 170.



tonces, y a lo largo de dos décadas, los cambios políticos se quisieron articular en América Latina a través de la insurgencia guerrillera. Guatemala, Perú, Colombia, Venezuela, Uruguay y posteriormente Argentina, El Salvador y Nicaragua, fundamentalmente, registraron focos guerrilleros de mayor o menor intensidad. En Guatemala, El Salvador, Uruguay y Argentina la brutal toma del poder por parte de las Fuerzas Armadas, con una desconocida secuela de represión y de violencia estatal, fue la respuesta que el Estado acosado generó, con la culpabilidad silenciosa de importantes sectores de la sociedad civil. No fue quizá extraño que en este medio fracasara la experiencia de Salvador Allende, la cual, sin evocar las intervenciones norteamericanas directas o indirectas, fue víctima de una dinámica local y continental que no llegó a controlar.

Hay que llegar al final de la década de los años setenta para encontrar un proceso triunfante que conlleva la caída del dictador Somoza. Sin embargo, la evolución habida en el sandinismo a partir de 1980 ocultó algunas de las características singulares que coincidieron en Nicaragua y que no estuvieron presentes en los restantes países latinoamericanos. En primer lugar, se trataba del acoso no sólo a un dictador, sino a un estado patrimonialista y de características cleptocráticas. El Frente Sandinista de Liberación Nacional consiguió conectar con importantes sectores de la población urbana, que vieron en él el instrumento capaz de invertir la situación. Finalmente, la política excepcional de la Administración Carter abandonó su proclividad por el «clan», facilitando el triunfo de la oposición.

REVOLUCION O TRANSICION

Ciñéndonos al caso de América Latina, el estado actual de la cuestión en el terreno de la discusión intelectual se centra todavía, con casi igual intensidad que desde hace un tercio de siglo, en la definición del modelo de cambio. De manera simplificada, y sin perjuicio de volver inmediatamente, éste puede realizarse por mediación de los procesos revolucionarios o gracias a la activación de una alternativa democrática que cumpla los correspondientes y ya clásicos escalones de transición política y de consolidación democrática. En el terreno de la praxis política, parece que la decisión mayoritariamente tomada opta por el segundo de los moldes de cambio, esto es, el reformismo democrático.

La serie de argumentos empleados en la discusión intelectual tiene un fuerte contenido académico y podría adolecer de ignorar voluntariamente el punto de partida que da origen a los procesos de cambio, así como las condiciones externas a los mismos. Sin embargo, parece que los políticos sí los han tomado suficientemente en cuenta, llegando incluso en algún momento a estar seriamente afectados por los mismos.

El modelo de cambio denominado democrático pretende basar sus líneas de acción en la conformación de un estado cuyo engranaje se ponga en marcha mediante la aplicación del sistema político democrático-representativo



de corte presidencialista. Las élites en el poder se someten periódica y voluntariamente a una reválida por mediación de las urnas, a las que la voluntad popular accede en elecciones libres, competitivas y partidarias. Paralelamente, en mayor o menor medida, se instaura un sistema, más o menos eficaz, de control sobre el gobierno, bien por mediación de instituciones políticas (Parlamento, Tribunal Constitucional, Grupos de presión), bien por mediación de la participación ciudadana. Finalmente, el estado intenta ser garante del respeto y del mantenimiento de los derechos del individuo, principalmente de aquéllos que el liberalismo dieciochesco enfatizó más llamativamente: el derecho a la libre propagación de las ideas, a la libertad de reunión, de «habeas corpus» y a la propiedad. Este modelo se critica fundamentalmente por dos razones: por haber sido ya ensayado en tiempo pretérito en América Latina sin haber alcanzado las notas ni de estabilidad, ni de respeto, ni de operatividad que en los restantes países occidentales; y por ser una estrategia en la que la democracia queda ritualizada³, reduciéndose exclusivamente al aspecto electoral. En definitiva, se alcanza en muchos países latinoamericanos un consenso pasivo (o negativo) por el que sólo se defiende este modelo como mal menor, sin ningún tipo de convicción. Por último, queda vacío el contenido social que inevitablemente debe comportar todo régimen político.

El modelo de cambio revolucionario añora militantemente el modelo cubano. Estima que los elementos formales de la democracia (elecciones, instituciones políticas y derechos individuales) son superficiales y accesorios. Los serios problemas a los que se enfrentan las sociedades latinoamericanas, de miseria, marginación y descomposición social y política, requieren reformas estructurales radicales realizadas desde un estado que priorice y de contenido a las aspiraciones populares. Se critica este modelo desde el supuesto de considerar que en el fondo las aspiraciones populares son múltiples y variadas, siendo la remisión a las mismas una táctica demagógica que esconde veleidades totalitarias de sectores minúsculos de la sociedad. La estrategia comunista en América Latina sólo tiene sentido, se dice, si se cuenta con el decidido apoyo de la Unión Soviética; de otra manera, cualquier experiencia está condenada al fracaso, tanto por el agotamiento del modelo, como por el bloqueo externo regional a que se vería sometido el experimento.

AMENAZAS AL REFORMISMO

Por su parte, la clase política, como ya quedó dicho, apostó masivamente por el primero de los modelos de cambio. Desde 1978, los procesos llamados de «transición democrática» fueron abriéndose paso poco a poco en el continente, dando lugar a una variada tipología. Con el riesgo de generalizar demasiado, se podrían enunciar una serie de características de los mismos, que, en gran parte, por sí mismas explican netamente el por qué de su relativo

³ Uno de los representantes de entre los científicos sociales latinoamericanos más interesantes que mantienen esta posición es Agustín Cuevas.



éxito frente al modelo de cambio revolucionario. En primer lugar, han sido procesos cuyo punto de origen fueron regímenes autoritarios militares que en la mayoría de los casos lideraron una fuerte represión sobre sectores políticos comprometidos y que implantaron políticas económicas neoliberales, con las que intentaron una nueva remodelación de la sociedad. En segundo lugar, los regímenes autoritarios militares se extendieron por toda América Latina como consecuencia de serias derrotas de la izquierda diseñadora de políticas «del todo o nada» y empeñada en alcanzar el poder mediante el uso de la fuerza. En tercer lugar, estos proyectos contaron con el apoyo explícito de las Administraciones norteamericanas (Carter y Reagan), así como de las transnacionales partidarias europeas (cristianodemocracia y socialdemocracia). En cuarto y último lugar, las transiciones políticas se han desarrollado en el marco de una fuerte crisis económica, como consecuencia de la conocida crisis de la deuda externa que se inicia en 1982.

Obviamente, el modelo de cambio basado en el diseño de un régimen de democracia representativa no se agota en lo meramente procesal. El reto del mismo es su consolidación, gracias a su propia operatividad, a la capacidad de generar confianza en las instituciones democráticas debido, entre otras, a la eficacia en resolver los problemas con que se enfrentan las sociedades. En América Latina aparecen cuatro amenazas que pueden poner en peligro cualquier sistema político y que a continuación solamente se citan sin evaluar su impacto en el sistema: el narcotráfico, el terrorismo, la violación de los derechos humanos y la crisis económica. Hoy no es seguro que ni incluso el modelo de cambio revolucionario pudiera verse libre de estas amenazas, so pena de la puesta en marcha de una política «polpotiana» de tierra quemada. Por el contrario, parece que una respuesta coordinada de las diferentes políticas a llevarse a cabo en el ámbito de toda la región es una de las escasas soluciones que pueden aportar un mínimo de optimismo. Curiosamente, frente a toda la reiterada fraseología sanmartiniana y bolivariana de nulos efectos hasta la fecha, se alza en la actualidad una situación definida por la solidaridad surgida frente a fenómenos externos: la guerra de las Malvinas y la crisis de la deuda externa han hecho más por fortalecer la unidad latinoamericana que todos los esfuerzos anteriores¹⁰.

EXTENSION DEL PRAGMATISMO

Las preocupaciones tradicionales del pensamiento político en torno a la estructura de poder, concepciones alternativas de justicia, la organización de la fuerza, la legitimidad del Estado, entre otras, proporcionan las principales directrices para explicar el cambio político y por ende la revolución. En América Latina, el crecimiento de la población, la urbanización, la economía informal y otros cambios estructurales a gran escala afectan, con toda

¹⁰ El Papel de Fidel Castro en ambos sucesos puso de relieve su gran habilidad política. En el conflicto de las Malvinas no dudó ofrecer al sorprendido Galtieri apoyo militar cubano; mientras que es conocida su posición de repudio de la deuda externa como fórmula de respuesta latinoamericana a la crisis.



seguridad, las probabilidades de la revolución. Sin embargo, lo hacen indirectamente, configurando a los potenciales contendientes por el poder, transfiriendo las técnicas de control gubernamental y trasladando los recursos disponibles a contendientes y gobiernos¹¹. Parece que en los tiempos que corren estos recursos se encuentran en gran número de estados en los gobiernos, y sólo los contendientes ponen en peligro a aquéllos en Perú y, en menor medida, en Colombia y El Salvador. El caso de la «contra» antisandinista, por su conformación artificial y foránea, debe situarse en otro nivel.

El reforzamiento del papel de los gobiernos latinoamericanos y, consiguientemente, de los regímenes representativos democráticos en la Región es posible que sea debido al diseño de ciertos mecanismos operativos, entre los que cabría destacar: pragmatismo, gradualismo, reformismo e internacionalización.

De alguna manera, se han rechazado los enfoques globales de la relación democracia-desarrollo por la que, se decía hace más de dos décadas, a mayor desarrollo mayor democracia, mientras que tiempo después se insistía en que las sociedades sólo podían desarrollarse en un contexto autoritario. Paralelamente, el pragmatismo se ha trasladado a las relaciones con las Fuerzas Armadas y con los Estados Unidos. Al carácter pactista de las transiciones políticas con respecto a las militares se le ha añadido un notable grado de acomodamiento con el inquilino de la Casa Blanca que ha provocado insospechados resultados una vez que la política de «mano dura» de Reagan fue reconvertida por Bush hacia una situación de mejor entendimiento¹².

La adopción de una estrategia gradualista en prácticamente todos los países de América Latina ha implicado, frente a otra posible de reformismo radical o revolucionaria, una adaptación constante del statu quo mediante pequeños toques o incrementos, así como la búsqueda de soluciones provisionales a los problemas que se presentan. Las nuevas políticas dependen de los medios disponibles, básicamente financieros (de nuevo el pragmatismo), y no del objetivo final. Se trata de una política de ajustes mínimos que intenta ser más bien curativa que preventiva, donde las necesidades son las que dictan los remedios y cuyas líneas fundamentales tienen un claro carácter fragmentario.

INTERNACIONALIZACION DE LATINOAMERICA

Las transiciones políticas en América Latina han seguido un modelo reformista que en algunos casos se continúa durante el periodo de consolida-

¹¹ La idea es de Tilly, Charles. «Does Modernization breed revolution?». *Comparative Politics* 3. Abril, 1973, pág. 447. Citado por Linz, J. J. *La quebra de las democracias*. Alianza Universidad, Madrid, pág. 78.

¹² En este sentido es relevante hacer notar cómo en el primer mes de presidencia de Bush se ha producido el derrocamiento de Stroessner, la iniciativa sobre el referéndum de Puerto Rico, el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de Nicaragua y la aceptación del plan del FMLN de aplazamiento de seis meses de las elecciones presidenciales salvadoreñas.



ción del régimen democrático representativo en lo que se ha venido en llamar la reforma política (procesos constituyentes, proyectos de cambio institucional, etc.). La reforma queda restringida al estricto ámbito de lo político al definirse como un proyecto de cambio en el terreno político institucional sostenido por determinados actores políticos y sociales¹². Una vez más, queda de relieve la disputa académica entre aquéllos que comparten el postulado común de la independencia o relativa independencia de lo político y aquéllos que considerarían la reforma política como algo meramente perteneciente al reino de lo superestructural.

El último elemento de los mecanismos operativos que ha venido a reforzar los regímenes democráticos representativos latinoamericanos ha sido la internacionalización del propio escenario político interno. Internacionalización que se magnifica por la resonancia que le otorgan actores como la Iglesia católica, las internacionales partidistas, los Estados Unidos y la Comunidad Europea. De esta suerte, ningún suceso local, por mínimo que sea, pasa desapercibido fuera de la Región. Las repercusiones de las políticas de los gobiernos son inmediatamente detectadas y evaluadas por dichos actores, poseyendo, cada vez en mayor medida, un notable efecto retroalimentador.

En este contexto, cuando los indicadores económicos nos muestran cómo las poblaciones latinoamericanas son más pobres que hace una década, la riqueza está más desigualmente repartida, el crecimiento económico es una quimera y el sistema económico internacional es una realidad hostil a la Región, paradójicamente, la revolución se presenta como algo objetivamente lejano. La revolución ha perdido incluso su reflejo mítico, su esbozo mágico. Sólo hay espacio para un calculado reformismo gradualista, que se irá asentando paulatinamente con un enorme coste social sobre los sectores más populares latinoamericanos.

Manuel Alcántara Sáez
es profesor en el Departamento
de Ciencia Política y de la Administración,
Facultad de Ciencias Políticas
y Sociología de la Universidad
Complutense de Madrid.

¹² Solari, Aldo. «Los obstáculos a una reforma política en la democracia», en el trabajo colectivo *Reforma política y consolidación democrática*. Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1988, págs. 19-20. Con respecto al apoyo generalizado de los modelos de reforma gradual ver: Ircia, Madrid, CR-86/3-STB: informe de la conferencia celebrada en Estrasburgo del 3 al 5 de junio de 1986 sobre «Democracia y democratización: un diálogo entre Europa y América Latina», pag. 10.